

LA ESTRUCTURA ACTO-OBJETO: SOSTÉN CONCEPTUAL DE LA ENERGÍA Y EL TIEMPO

Por Néstor Tato

Este no es un texto concluido ni estructurado, si bien tiene un hilo conductor. Lo comencé a principios de enero y entonces, "casualmente" sobrevino un accidente: perdí la información del disco duro, dando inicio a una cadena de accidentes: una faringitis, luego covid, Y otros acontecimientos inesperados que completaron un paisaje (acentúo esto de paisaje) de desastre en cuyo curso fui reconociendo la acción de lo mental en la prefiguración del accidente, la continuidad de mí y de todo, la acción de la memoria y la conciencia como una cinta sin-fin. Escrito a lo largo de casi dos meses, abandonado la "pérdida del suelo" vegetativo y retomado, tiene la desconexión aparente propia de un intento retomado que va configurando distintas perspectivas según el momento. Así que, paciencia para leerlo. Al tiempo de su presentación, todavía faltan subtítulos y los puestos obedecen a esa discontinuidad temporal. (Tuve que volver a abrir el archivo porque al fechar puse "28 de febrero", o sea ayer, pero más notable, "2020". Parece que mi registro temporal se paró antes de la pandemia)

Los contenidos de conciencia se complican en distintas capas estructuradas en un sentido horizontal o de paridad por pertenencia al ámbito, y entre sí, formando una el ámbito para otras. Es un tramado dinámico de distintas profundidades, tanto materiales –si tomamos la materia como aquello que sirve de estímulo a sentidos, en este caso el sentido interno- como ideales, entendiendo este término como lo que no es material y en el caso puede ser imaginal (que es un tipo de materia en tanto estimula el sentido interno) o ideal en sentido propio, lo conceptual.

No tengo claro todavía cómo es esto de lo material para el sentido interno y lo imaginal que también es objeto o estimula el sentido interno. Puede ser que estoy atendiendo a la calidad del contenido en el primer caso y en el segundo, a la estimulación del sentido interno por la propia actividad que registra.

Esto puede responderse con un concepto intermedio entre la experiencia directa, lo sensorial, y la abstracta, lo conceptual, y ese concepto que se podría ubicar en el medio es el de "noción". No tiene la precisión del concepto porque carece de su definición y tiene la materialidad de la sensación pero carece de su intensidad. De modo que en materia de experiencia interna diría que nuestro conocimiento, fruto de la experiencia, es un conjunto de nociones. Si bien pueden ser definidas al punto de alcanzar la definición de los conceptos. Que es lo que trataré de hacer aquí.

La experiencia interna se puede graficar como una esfera de distintas capas pero, como todo gráfico, traiciona la realidad.

Sea tenida esta aclaración del sustrato para poder entender qué significa en el título “sostén conceptual”, porque me voy a adentrar en un intento de descripción de la dinámica psíquica y para eso necesito ir fijando conceptos que puedan dar referencia de lo que, en los hechos, es materia fluída o fluído material. Y ruego se trate de tener presente de que aquí lo material no es lo concreto si bien queda abarcado por la idea más general de aquello que impresiona los sentidos. Y muy especialmente, en el caso, compromete el sentido interno.

Hace 20 años aproximadamente, con Daniel León nos preguntábamos, sin poder darnos una respuesta clara, si en la central de nuestras experiencias la esfera es una sensación o una representación cenestésica. Esta pregunta es central en lo que hace a experiencia interna porque pone de manifiesto la ambigüedad de la posición del punto de vista y el emplazamiento del observador.

Desde la perspectiva de la experiencia directa, desde mí, la esfera es una sensación esférica. La noción de representación está más bien relacionada con la visión de la esfera, o sea, su representación visual. En el primer caso, la sensación esférica es una representación del sentido interno, y en el segundo, si bien está emplazada internamente, su materia es de sentidos externos en tanto visual.

La franja más superficial de experiencia está íntimamente ligada con el mundo porque es “pura” percepción. Aquí las comillas resaltan lo que se pone entre paréntesis, que la percepción *vivida* jamás es pura porque está compuesta por materia representativa, por imágenes que configuran el complejo de lo percibido.

En esta franja *imperan las cosas*. La actitud y la actividad desplegada es la *manipulación*. La característica distintiva de los elementos mundanos es su instrumentalidad. Están marcados por su *utilidad*. La posición del punto de mira *necesariamente* es, aproximadamente, el entrecejo, y la visión se configura *desde los ojos*. De este modo, *yo resulto transparente y sólo el mundo está en presencia*. En todo caso, si me busco, me hallo en la copresencia.

El primer grado de internalidad que se puede relevar es el de la esfera del *pensamiento*. Es la actividad de consideración del mundo como situación vivida de modo inmediato y en base a su utilidad para la supervivencia y satisfacción corporal. La primera caracteriza lo que vivimos como *necesidad* y la segunda,

como *deseo*. Si bien hay una zona gris intermedia íntimamente relacionada con los imperativos corporales que no están inmediatamente relacionados con la supervivencia y se encuentran fuertemente influenciados por la memoria, la experiencia pasada.

En esta franja *operativa* se juega el contacto con y la acción en el mundo. Si se hace un relevamiento rápido, se podrá constatar que muy pocas actividades se escapan de ella y hasta las que parecen ubicarse lejos o más adentro, sólo lo hacen en apariencia por su íntimo vínculo con el cuerpo.

La operación en/con el mundo abarca prácticamente toda nuestra vida y está dominada por la identificación, que es lo que garantiza la eficacia de las acciones.

Por vía de la identificación el cuerpo se emplaza operativamente en el mundo y la experiencia interna queda íntimamente ligada a él. Detrás de casi todas las expectativas se puede encontrar un *paisaje situacional* donde se emplaza la *imagen de sí* (o corporal) traccionando el interés con mayor o menos intensidad, según un complejo balance de experiencia pasada y expectativas (que dependen de aquélla para su configuración), que están determinadas por la base corporal (sistema de tensiones). Esto es, la acción en el mundo, casi toda mi vida, está basada en el juego de dos subsistemas: de representación y de tensiones corporales. Éstas se manifiestan como motrices (afectan el movimiento a través de la musculatura externa), emotivas (climas determinados por tensiones profundas), y “mentales” (localizadas en la cabeza).

Esta franja de experiencia, integrada a lo externo, es lo que habitualmente se llama *pensamiento*. Es la esfera valorativa, la actividad que *evalúa* el mundo y plasma los valores, las preferencias del individuo. Depende del mundo en todo aspecto porque a él sirve. De ahí que espontáneamente uno viva que es el cuerpo. Yo me identifico con mi cuerpo, en la relación con el mundo. Mi cuerpo se vuelve transparente, aún cuando parezca tan opaco cuando tropiezo, cuando me golpeo. Pero cuando fluye operando en el mundo está integrado a las cosas que manipula. Y el pensamiento que evalúa y prepara lo que el cuerpo ejecuta, es aún más transparente porque su materia es transparente. En tanto representación, se pierde en el sostén de las cosas que el cuerpo manipula.

Desde otro punto de vista, esta franja de pensamiento configura la *creencia*. Y es buen destacar que se trata de un *modo de estar en el mundo*, básico, y por eso no admite plural, porque es único. Es la característica de la relación con el mundo.

Creemos lo que vivimos. En plural, es un modo de expresar la diferencia entre afirmaciones o juicios que han sido comprobados, que tienen base experimental o perceptual, y aquéllos que sólo son imágenes que justifican nuestras acciones, sin fundamento alguno.

Desde otro punto de vista, es la esfera del *sentido*. Las sensaciones provocadas por el mundo, integradas a la experiencia antecedente, forman la capa del sentido que el mundo tiene para mí. Este sentido, aún cuando pueda ser comunicable por compartirlo con otros, porque hay elementos comunes en los que nos reconocemos, con los que nos identificamos, no deja de ser el sentido del mundo *para mí* porque, en su origen y en definitiva, es *lo que siento por el mundo*.

La *anestesia*.

Esta capa de sentido es el motor de mi vida, lo que me tracciona en el mundo, sea que me atraiga o rechace, siempre está determinando mi movimiento, mis acciones. Pero, en principio, durante cada acción, y en definitiva, determina mi pensamiento porque mi pensar *habita* en el sentido.

Mi pensar es parte de la *dinámica del sentido* o, más preciso, es lo que dinamiza “el sentido”, que no es tal, no es un “el” porque es todo, en cada momento, en cada situación. Está antes de que se presente el mundo en mi visión porque *el sentido brota del mundo* que soy. El sentido, la sensibilidad nos constituye tanto al mundo como a mí, que somos simultáneamente, nos influimos/modificamos/sostenemos recíprocamente. Ni el mundo puede ser sin mí ni yo sin él, porque *ambos somos el sentido*. Así como el sentido me hace ser como/lo que soy, igual ocurre con el mundo. El sentido es la red que constantemente se teje estructurando al mundo y a mí, el soporte material de la relación conciencia-mundo, entendiendo siempre la materia como aquello que impresiona los sentidos.

En la respuesta que provoca esa impresión, en la acción que despierta a partir de las sensaciones que provoca, hay una estela, una huella que permanece en la sensibilidad como sensación de la acción, retroalimentación del propio movimiento hacia el mundo. El famoso “culatazo” de Ortega y Gasset que va tejiendo la vaga referencia de que “aquí hay algo” que responde, yo. Pero es construcción no es una construcción abstracta como imaginó Kant cuando formuló la representación que subyace a todo juicio, sino el archivo en memoria de la

configuración sensible de “quien” respondió. Así forma un archivo de roles basado en la afinidad de los “autores de respuesta” que van sedimentando, montando una vivencia más sutil o abstracta que me permite identificarme siempre y en todo momento, salvo cuando la impresión de lo diferente es tan fuerte que me ahoga en la sumisión al estímulo. Pero el recuerdo asimila la nueva diferencia y vuelvo a emerger en la memoria, un poco cambiado quizás, siempre el mismo pero distinto. Las marejadas del sentido bajo el influjo del mundo, con sus diferencias van tejiendo las mías, y se perfilan los distintos roles según las situaciones que vivo, sus afinidades o diferencias, moldeadas sobre la materia del sentido. De ahí que a esta franja de experiencia también podría denominársela “el yo”.

Todo lo que emerge en mi percepción proviene de esta franja de sentido y por eso, lo reconozco como MÍO. Se dirá que entonces ¿qué pasa con lo distinto o lo desconocido? Es que lo distinto o desconocido también es mi experiencia, y ya se convierte en “mío” a partir del momento que lo siento.

La *identificación* es el vínculo elemental que liga a todos los elementos de mi experiencia *espontánea*. Porque es lo que permite la dinámica de sentido: igual o distinto, parecido por similitud o contraste, o contiguo por pertenecer a la misma situación considerada (percibida). La identificación es la operación básica de conciencia a partir de la cual se produce el *conocimiento*.

Asumiendo la imagen del “magma” que propone Castoriadis para la concepción del campo social-histórico como ente protagonista del Ser, sus cuatro (para mí) fallidas leyes remiten todas a la operación de identificación. El sentido es magmática y tiene una dinámica magmática porque opera por bloques situacionales que sólo pueden disolverse mediante el discernimiento analítico de una intención discriminadora, diferenciadora.

El mundo y yo brotamos de la sensibilidad, existimos por y en la sensibilidad, tomamos forma en ella, nos reproducimos e interactuamos sumergiéndonos (como perceptos) y emergiendo (como sujeto/objeto de los cuales se puede predicar algo).

Pero también, cambiando la perspectiva, la sensibilidad brota del mundo, del que formo parte, así como el mundo brota de mí, que soy esa sensibilidad. Es una dinámica triádica que se desarrolla en niveles de relación que se despliegan en distintos planos.

La pérdida de los datos de los últimos seis meses responde al cuestionamiento interno que me vengo haciendo sobre la continuidad: en qué radica, cómo se produce.

Estoy inmerso en un flujo de variaciones que se suceden constantemente y en ese constante variar hay algo que permanece invariable -aparentemente- yo. El que vive, el que sufre, goza, se disgusta, el que observa más atrás de los distintos estados de ánimo. Yo que a veces estoy en primer plano, otras desaparezco en copresencia.

El yo que distingo como enfrentado a los objetos-situación, que a veces se pierde en las situaciones, que puedo pensar como distinto al mundo cuando es la misma intimidad del mundo, en la proporción que le corresponde como individuo-parte.

Yo tengo *visiones* de situación, composiciones de lugar, del lugar que ocupan las cosas en mi vida y del que yo ocupo entre ellas. Y esas visiones prevalecen aún la vivencia de las situaciones.

Sergio preguntó: hay una partición, C y D ¿la borro? Y yo dije sí. Sin levantarme a mirar el monitor, sin que me llamara la atención "D", que es mi disco de trabajo. Porque siempre guardé mis datos en un disco físico aparte, pero no la última vez que se instaló un SSD y acepté incorporar allí el disco de datos por una cuestión de velocidad. Pero durante unos 15 años siempre los tuve en disco rígido aparte. Esa era mi *visión*. Y en base a ella contesté. Así que no puedo decir que fue voluntaria la destrucción de mi memoria de 6 meses. Pero tampoco puedo decir que nada tuve que ver.

Borrar la memoria es lo que venía intentando hace meses, viendo cómo se soltaban recuerdos, cómo las vivencias me iban arrinconando en un lugar temeroso, oscuro, caprichoso, de no querer ver. Desde allí salieron las respuestas mecánicas, inadecuadas a las situaciones, generando una larga cadena de sufrimiento pero poniendo en evidencia un yo que no quería. No importa qué es lo que no quería. Es un no querer situacional, de rechazar el esfuerzo, por lo general atencional, de salir de la situación para poder hacer otra cosa, tironeado siempre por los ensueños, atrapado sin poder volar porque siempre tengo algo que hacer, que dejar resuelto para poder soltarme. Claro, siempre agarrado sin saber bien a qué. Porque el miedo se oculta, disfraza y compensa.

Así que el hachazo al disco rígido fue un modo involuntario de dejarme girando en el vacío. Y así quedé. Discontinuo. Tratando de ver hacia dónde ¿qué?

Básicamente, hacia dónde miro para ver hacia donde voy y dejar de dar vueltas en círculo, volviendo siempre al mismo lugar de impotencia, confusión, oscuridad. ¡Ah, sí! Todo ganancia para el observador. Si es que consigo salvar la brecha entre el que vive y el que mira. Eso de la unidad interna no era sólo una propuesta teórica muy interesante. Llegué a situarme por momentos en la “divisoria” de miradas, en las direcciones que puedo tomar en mi hacer, y sentí entonces cómo un carril o el otro demandaban que me emplazara completo, no que pusiera un pie en uno y otro en el otro, equilibrio disparatado en el que pasé mi vida.

Claro que fue muy útil para el propósito investigativo que me salvó de la parálisis que me produjo el terror al futuro cuando tuve que elegir, o quizás de no haber sido triturado durante los años de plomo, destino casi asegurado para la configuración que entonces tenía mi vocación y hacia la que irrefrenablemente ve dirigí una y otra vez. Al fin y al cabo, fue el destino que forjamos con mis compañeros de adolescencia, fue mi futuro querido. Renunciar a ese futuro me costó la primera, enorme crisis existencial que dio por tierra con el dios eclesial, con la santa madre vaticana y todo lo que me había sacado de la angustia del sinsentido que me hizo volcar a Dios.

El otro camino no gozó de la misma fuerza, del mismo impulso ni la misma claridad hasta que encontré a Silo. Descubrí la Fuerza el primer día y quedó alojada en el nicho de lo sagrado, sin poder hacerla operativa, sin aprovecharla porque no tenía imágenes. El mundo es un borrón desde aquella fractura primera. Viví a caballo de la contradicción, girando en círculo. Sin coraje o sin la convicción necesaria para dar el aldabonazo en el portón celestial y pedir que me acojan.

Pedir es el manejo más claro de mi intención. Pocas veces funcionó y las más, sin que me fuera claro. Vivía con anticipación la situación querida, sin verme en ella, sin que se dispares sus consecuencias, las cadenas ensoñativas que dan cuenta de la ventaja o desventaja de una elección. Sin cálculo, quiero decir. Mis decisiones casi siempre fueron calculadas, aún cuando impulsadas por el tándem sexo-emoción.

Y aproveché las oportunidades al máximo para observar el temor, la indecisión, la parálisis, la compulsión, el placer y la ruptura de sus topes; cómo al dirigir la energía sobre sí misma atrapado por el objeto apasionante, el cuerpo me entregaba cada vez cotas más altas de placer y de intensidad sensible. Así que volver era con toda claridad, volver. Regresar a lo personal, al ensueño habitual copresente, a las identidades y la separación después de la fusión más allá de lo

pensado. Unos instantes de vuelo sagrado para retornar al límite corporal, bien que modificado por la intimidad del contacto.

Es el mejor ejemplo, el más claro, de las vicisitudes de la estructura acto-objeto, porque no hay conexión sexual sin vivir al otro como objeto, que es lo que lo convierte en estímulo para mí como sujeto. Es la paradoja vivencial necesaria para que el sexo funcione a pleno: el objeto me toma, domina mi sensibilidad, desaparezco en “sus” sensaciones, las sensaciones que despierta en mí y la tienen por objeto. Y esas sensaciones despiertan o aumentan mi voracidad por ella, y si todo está bien encarrilado, es recíproco. Cada sujeto deja su lugar de sujeto para entregarse a gozar el objeto y ese goce hace más intenso y acrecienta el vivirse cada uno a sí mismo. Porque a su vez, es objeto para y del otro.

De modo que, contrario a lo que se cree y reivindica sobre la “cosificación” sexual, es que cada uno se disponga como objeto para el otro, lo que hace que el sexo se dispare en un espiral sensual hacia el infinito. Si no ocurre, más o menos se sucede un juego de palancas y botones, fricciones oportunas para las que hay que saber los indicadores de quien acompaña si no se quiere pasar un mal rato. Cuando el conocimiento es mutuo, sucede una sexualidad saludable, aceptable, placentera. Que jamás alcanzará las cotas de locura que se pueden alcanzar.

Es el mejor juego que la naturaleza nos regaló para aprender a soltar, porque las diferencias hay que acrecentarlas para aumentar la tensión y poder montarse en ella para volar más allá del pensamiento que inevitablemente acompaña hasta el último momento. Esa vigilancia operativa sobre lo que me pasa y lo que le pasa, que puede ser muy placentera, pero no despegar.

Primero soltar las imágenes sin juzgarlas, después dejarse ir en las sensaciones, aceptar la propia voracidad y la ajena para permitir que los mecanismos que el cuerpo trae programados hagan su trabajo y nos lleven hasta donde nos dejemos ir.

En el empeño por trascender esta vigilia que nos encadena, el sexo ofrece una oportunidad para entrenar la actitud necesaria para encarar los trabajos internos: la indiferencia ante el paisaje, la entrega a las sensaciones que buscan expresarse y quedan veladas por el pensamiento, simplemente porque no las reconoce.

Porque en el sexo hay un antes de cálculo, de reconocimiento del vector instintivo que puede velar la condición básica: la atracción. Saber que determinados procedimientos conductuales llevan a la satisfacción de la inquietud sexual, es

peligroso. La búsqueda de la “satisfacción” entonces sí, reduce al otro a un objeto, a un utensilio relajante. Si es de común acuerdo, adelante, pero habrá una serie de consideraciones mentales acerca de lo estético que si bien parece que se dejan en el café y no llegan a la cama, siguen allí y reaparecerán después, cuando el indio se haya calmado.

Previsión del placer-conducta a desplegar-descarga es el circuito normal y corresponde plenamente a la cosificación. Aún cuando sea mutua y placentera, la cosificación no permite despegar (que es muy similar a “desapegar”).

Ambos siguen en este plano sensorial, la separación continúa y no se atenúa porque los cuerpos se refriegan uno contra el otro porque hay una mente vigilante controlando los procedimientos para alcanzar el resultado. El sentido no se ve alcanzado por más que los sentidos se obnubilen por un instante en la sensible de cada cual.

Serán las miradas, las retentoras del pasado y las diferencias inventariadas, las que permanezcan en acción porque el objeto no rebasó al acto, porque el acto no se fundió con el objeto, porque el sujeto permaneció en sí mismo, en su esfera de sentido sin verse afectado.

Traer a la cama la mirada mundana, binaria, diferenciadora, es un error de conducta. No asumir la diferencia y contemplarla, juzgarla, pensarla, no permite al sujeto dejar de sentirse tal. No le hace dejar de *estar frente* a algo, sin dejar que la mirada se pierda en la otra.

Somos, cada uno, una diferencia. Asumirla es liberar el juego a sus tensiones porque son complementarias las diferencias, independientemente de las preferencias de sexo. Son diferencias biográficas, arraigadas en la experiencia que configura la mirada.

Son diferencias de sentido las que producen la atracción o, mejor dicho, es la afinidad de sentidos lo que activa la complementación que juega la atracción.

La otra atracción, la sexual habitual, depende la afinidad del objeto con las configuraciones previas en la mirada del sujeto. Siempre suele haber alguien que siente más, que tiene la sensibilidad más despierta, que depende menos del cálculo estético o que lo tiene más incorporado y “sabe” lo que le gusta.

Pero será siempre la experiencia la que entre en juego para producir una activación equilibrada de esa actividad que compromete todos los planos del ser humano: físico, emotivo, intelectual, con la posibilidad de abrir la experiencia hacia lo trascendente.

Cuando “chocan los planetas”, “se encuentran en otro plano”, “se funden” las experiencias, se alcanzan unos momentos de trascendencia de los límites biográficos y dependerá de la capacidad para permanecer en esa zona o ensanchar el acceso, que la experiencia se consolide. Si no, pasa hasta que aparezca el próximo objeto.

Es también la sexualidad lo que carga con la represión que configuró estructuras de la mirada desviadas o distorsionadas, en aras de una moral externa que inunda el paisaje interno con figuras biográficas que actúan esa represión, o recuerdan situaciones de frustración por esa represión.

Es en el campo del sexo donde juegan todos los niveles del sentido: el propiamente sensual, el de las diferencias estéticas formadas en base a experiencia en parte, pero también heredadas, el de las representaciones estructurando no sólo una ideología sino un modo de pensar ante la situación. Y es allí donde es posible separarse de la memoria y modificar el sentido (y la mirada en consecuencia) o permanecer dentro de los límites que nos fija la experiencia.

Y en esa franja superficial de contacto con el mundo, que es además la más íntima en la externalización de la experiencia, donde pasamos la vida entera, que es como vivir en la espuma de las olas del sentido, ajenos a la profundidad del océano.

La cinta sin-fin

Creemos tener experiencia del tiempo porque recordamos, porque hay “momentos” pasados, porque la colección de recuerdos en nuestra memoria forma una suerte de ámbito vivencial que se llama pasado, del mismo modo que hay una colección de expectativas, por lo general borrosas, que llamamos futuro. Visto desde afuera, más bien, pensado desde afuera porque no podemos ver el ahora sino solo *pensarlo*, dado que en el momento que quiero *ver* lo que era, *ya fue*.

Puedo reconstruir su recuerdo, eso que viví, la situación de la que participé, hasta puedo volver a sentir lo que sentí. Pero será siempre un recuerdo, pasado.

¿Qué es lo que no le permite revivir aún cuando puedo recuperarlo en sus detalles? La sensación del ahora, del estar en presente aún cuando esté en presencia de mis recuerdos. Por muy fuertes que estos sean, por mucho que me

tome el recuerdo y me transporte al pasado, mi cuerpo sigue sintiendo, sigue vivo produciendo sensaciones y tarde o temprano me darán una clara noción de presente, de que es ahora que estoy reviviendo el pasado.

Las sensaciones del cuerpo que están en copresencia, ese trasfondo permanente que me da referencia del acto que está en curso, de mi actividad interna desplegándose, esa *actualización* permanente es lo que simplemente se llama ahora. El ahora que de momento a momento sigue siendo el mismo y siempre distinto.

Puedo estar queriendo que el pasado vuelva a ser, que se repita, re-vivirlo como actualidad y no como recuerdo. Entonces, por ese *querer* que sea actual lo estoy proyectando, lo estoy poniendo a futuro, convierto lo pasado en expectativa.

Claro que no busco que el pasado se repita como fue sino lo que *había* en ese pasado, lo que pasó y hoy no está.

Cuando me libero de la influencia del pasado y mi imaginación se libera, busca hacia el futuro. Sin embargo, aunque proyecte algo aparentemente nuevo, siempre será en base a la materia archivada en mi memoria.

Mi vivir transcurre en el presente, sí, pero lo vivido está presente como pasado o futuro, aunque la mayoría de las veces lo hace prestando su materia a las formas imaginadas.

De modo que estoy parado, si quiero pensarme como en presente, en una cinta sinfín que lleva lo vivido hacia el pasado y lo recupera en las formas del futuro.

Así, voy en mi vida desde este presente que ya se pierde siendo ayer hacia el mañana que viene siendo ya presente para volver a perderse en mi memoria.

El presente: la visión cognitivista

Si quiero entender el funcionamiento del momento presente puedo detener la cinta y ver qué es lo que hay:

- 1) En primer lugar, un mundo,
- 2) En segundo, un cuerpo y
- 3) En tercer lugar, yo, que me siento alternativamente perdido en el mundo o en mi cuerpo, y a veces puedo ver a ambos y tener la vaga noción de ser otra cosa.

Aquí es necesario echar mano de una teoría que me explique, que me diga cómo funciona esta tríada, que las más de las veces es una mandorla: yo-cuerpo

/mundo, yo/mundo y no me apercibo del cuerpo, yo/cuerpo y me distraigo del mundo. Y ese mundo no siempre es el externo porque puede ser sustituido por el interno y será más complicado entonces ver-me.

La fisiología explica que hay sentidos que censan lo que hay afuera del cuerpo y transforman esos estímulos en impulsos nerviosos, bioeléctricos, que terminan configurando mi percepción con los distintos aportes que cada sentido hace y la coordinación del sistema nervioso.

Pero aquí no encontraremos qué es lo que hace que lo pasado y lo futuro sean tales porque en materia de circuitos neurológicos todo vale igual: los trenes de impulsos son todos iguales. Lo que varía y hace la diferencia es cómo se traducen en imágenes, en configuraciones psíquicas o contenidos de conciencia.

Esto no quiere decir que no sea útil este conocimiento porque permite un abordaje de la dinámica psíquica por vía indirecta, a veces muy necesaria.

En todo caso, en este nivel nos encontramos con el análisis de lo que llamamos energía en cierto nivel de percepción interna. Queda explicada en términos de diferencias de potenciales de carga neural, su descarga y circulación por el circuito nervioso.

Acumulación de cargas, retención y descarga, no nos explican las alteraciones que constituyen la noción de tiempo y de temporalidad, que son el fenómeno básico a nivel de la experiencia humana. En todo caso se podría decir que es la diferencia, la variación de potencial lo que produce la vivencia del momento, o la alteración del continuo del tiempo que identifica una vivencia, un momento.

Es que las diferencias y las alteraciones de ese continuo que soy, que cada uno es, son información del paisaje, del afuera del cuerpo y como tal queda codificada. Si bien con el paso del tiempo, puede ir formándose una nueva región interna de experiencia, correspondiente al yo.

Es la diferencia lo que produce la alteración o la aparición de *lo otro*, la alteración, es correlato de la diferencia en los potenciales neurológicos que aportan la base material del ahora, de lo que se distingue por ser diferente de lo que era, aún cuando siga siendo, en apariencia, lo mismo.

Y eso otro es, en abrumadora mayoría de estimulación, externo. Por eso, en el presente *desaparezco* en la marea que me estimula, abrumado por la diferencia que me encandila.

El ahora husserliano

Aquí será muy elegante introducir de manera simplificada el análisis husserliano del ahora: se distingue por la impresión sensorial que el objeto-situación produce a cada momento en mi corriente de vivencia, en el flujo temporal que soy, ese correr hacia el futuro apoyándome a cada momento en el presente que ya se vuelve pasado. La retención de lo impreso por la situación vivida se convierte en objeto de una nueva vivencia, la expectativa, ya lo sea de que continúe lo que vivo o que se modifique. Así, en cada momento presente, en realidad, no hay nada concreto porque lo que es, es la representación de lo impreso sensorialmente que es retenido para partir hacia el pasado y al mismo tiempo configurar la expectativa, el material sensible que se continúa en la protención, lanzado hacia el futuro.

Pero en esta región no encuentro nada sino *las cosas*, la materia que constituye mi vida, el mundo de mi vida. Puedo abstraer sus nombres y valores, pero eso es sólo un momento en el análisis porque lo que vivo son *seres que nombro y valoro*. Manejo en la dimensión del sentido, donde todo tiene sabor para mí, donde todo me atrae o rechaza.

La desestructuración de esta presentación: la liberación del entendimiento

Quizás parezca esto un rompecabezas. Y así es, si lo que se busca es el habitual relato hilado donde una cosa sucede a la otra y todas arman una figura conceptual que ofrece *algo* a la visión.

Una cosa así me habría gustado presentar, pero temo que no serviría a mi propósito, que es tratar de que *veas*, desposeído de tu mirada habitual. Cosa que, por cierto, es imposible, porque la mirada, en tanto estructura de conciencia, está siempre presente. Entonces, más precisamente, se trata de conseguir que *desenfokes*, que sueltes eso que buscas y vela tu *entendimiento*.

Uso este término de la manera más originaria posible, la que menta el *en-tender*, o sea, una acción. El entendimiento es en la base, tenderse-hacia, *in-tendere*. Que es lo que en la base es la conciencia y Husserl llamó intencionalidad, tomándolo de Brentano y éste de la escolástica, de la vieja cogitativa.

Lo que importa aquí, datos aparte, es que lo que intento es que liberes tu conciencia como en algún momento se liberó la mía.

Y vuelvo a la estructura acto-objeto. Es una presentación conceptual que sirve para destacar que hay dos elementos en una dinámica que, en la vivencia, sólo muestra uno: el objeto. Hablar del sujeto sólo sirve para destacar que la dinámica que constituye el objeto no es el objeto sino algo distinto de él.

Las teorías cognitivas lo plantean con claridad al hablar de la traducción del estímulo objetual y su configuración como objeto percibido, poniendo del lado del sujeto toda la explicación de los procesos neurofisiológicos y cognitivos que dan consistencia *conceptual* al sujeto, a este yo que soy y conoce. Pero esa consistencia es sólo un fenómeno de pizarrón porque yo *no me vivo*, en un mundo que sólo concibe el ser como lo que existe ahí afuera, captado por mis sentidos externos. Pero constituido por mi conciencia o, en términos más comunes, *construido por mí*. Y este “mi” está destacando la carga de subjetividad que hay en ello, el filtro que pone el sesgo particular de lo que es *mío* en tanto vivencia. Porque todo lo que es, es para mí y por tanto, vivencia, porque *yo lo vivo*.

Se podrán escribir tratados, además de los que ya se han escrito, que seguirán hablando de *lo que es*, incorporando claro, que lo que es no es *lo que* sino *como* es. Pero con ello no hacen más que destacar la singularidad de cada vivencia pero no se liberan de lo que cada vivencia presenta.

En otros términos, se podrá hablar mucho del sujeto pero no se hace otra cosa que incorporar un nuevo objeto, un *algo* que se suma a todos los algos de los que la conciencia es conciente.

El objeto de la estructura acto-objeto sigue dominando al acto, que desaparece tras el objeto. Y de eso se trata cuando hablo de liberar la mirada, de poder captar el acto con independencia del objeto, tratando de no convertirlo en nuevo objeto. Cosa muy difícil.

Ya Husserl decía que con cada percepción se disparaba una representación y es este movimiento imperceptible lo que funda la ontología. Con la representación aparece la retención del dato-objeto y con él todo su procesamiento, sea por asociación, por análisis o abstracción. Mantenerse en la percepción del acto requiere un esfuerzo, más que sostenido, *repetido*, porque a cada acto que capto le corresponde la representación que me permite *mirarlo* y entonces, ya estoy en el umbral del pensarlo y perder la vivencia. De modo que fijo la noción representada y vuelvo a *mirar* el objeto para poder recuperar su vivencia en ella, la del acto. Es como un pescador que tira la línea con la carnada, que es el mismo objeto y cuando lo tiene siente el tirón de la presa y es ese tirón el que remite al

acto porque si se entretiene con lo captado, pierde el acto que lo aprehendió. Así, es en la reiteración de la aprehensión o captación del objeto que se puede ir construyendo una referencia de su vivencia, sabiendo que nunca será, nunca tendré el “lo que” el objeto es. Porque *el objeto no es sino por el ser que soy, que lo constituye*.

Siguiendo con la alegoría, así como una burbuja delimita la zona donde puede haber un pez, el concepto indica la zona de experiencia donde puede manifestarse la *presencia*. Esa presencia que indica con certeza absoluta *que soy, no qué soy*.

El concepto es como los bigotes del gato, me muestran si puedo “pasar” a otro lado. Si esa experiencia es para mí, se corresponde con mi *presencia*.

LA TEMPORALIDAD DE LOS OBJETOS

En la Carta IV hay una mención de Silo respecto de que los objetos son temporales. Eso siempre me acució para poder comprenderlo.

De acuerdo a la visión expuesta arriba, la cinta sin-fin de mi vivir en la que se presenta el paisaje en constante variación, está claro que “el objeto” no es uno sino un paisaje situacional pero más relevante, no solo es una situación sino que, antes, es un *momento*.

Los paisajes que vivo engarzan en el fluir de la conciencia, y sus vivencias se diferencian, básicamente como momentos. Son los momentos los que quedan grabados en memoria y es por la sensación interna de su temporalidad, la huella que el momento dejó en mi sensibilidad, que puedo recuperarlos. Otros detalles situacionales, por lo general sensoriales, son como los índices que individualizan el momento. No obstante los variados índices que podemos encontrar para recuperar memoria (tenemos varios sentidos), la vaga pero precisa sensación de cuándo sucedió es una marca indeleble que orienta la búsqueda del recuerdo si no hay un índice más claro

LA IMAGINALIDAD DE LA MATERIA

Esto de lo *imaginal* ya lo mencioné al comienzo y podría denominarse también *representacional*. Con ello quiero destacar que lo imaginario se constituye en un tipo de materia que no se percibe por sí misma de manera directa sino que se

manifiesta *a través de lo que* manifiesta. Imágenes imaginadas y recordadas son todas imágenes. Ocurre que no tenemos sensación clara de la imagen como imagen por sí misma sino de la imagen como imaginante, como reproductora de algo, como imagen-de.

Sin embargo, sin esa base imaginal o representacional no habría ni imaginación ni recuerdo.

Esa base común entre ambas vías de información y ambas temporizaciones – futuro y pasado, es lo que genera tantas veces la confusión entre lo que sí sucedió y lo que se creyó que sucedió y todavía no, fenómenos que acontecen frecuentemente en semisueño o en sueño. También puede ocurrir en vigilia ordinaria pero es más raro por la preeminencia de los sentidos externos, pero ahí también están los errores alucinatorios y falsos reconocimientos.

Esa sustancia imaginal es, básicamente, sensible. Ya en los clásicos se la llamaba espontaneidad porque era el movimiento espontáneo del “alma” ante la estimulación mundana. Ligando descripciones, la espontánea generación de una representación simultánea a una percepción, muestra la vigencia de esa noción antigua.

El *cogitare* que Descartes eligió para designar la actividad del alma que mal se tradujo luego como pensar intelectual, es la co-agitación del alma en el mundo, el agitarse-con el mundo.

Frente a la idea racionalista de que ser es ser pensado se levantó la reacción empirista-sensualista de que ser es ser sentido. Y les asiste razón porque lo que es, es porque es detectado por los sentidos. Sin detección no hay ser perceptible. Y esto vale tanto para lo externo como para lo interno.

Pero en lo que aquí interesa, la materialidad, ésta cualidad del ser está inexorablemente unida con su perceptibilidad, desde este punto de vista. La materia es tal porque la sentimos como tal; lo concreto es tal porque nuestros sentidos lo afirman.

La metafísica se disolvió en devaneos intelectuales por falta de referencia, de anclaje sensorial. Pero si se tiene en cuenta que también hay un sentido interno que permite detectar los movimientos internos como la actividad de conciencia, queda entonces claro que la materia, desde este punto de vista, es soporte de sensaciones sin que se pueda entrar a discutir a fondo si existen o no sus correlatos externos, los cuerpos y sus cualidades.

De modo que lo material, lo concreto que nos rodea, lo es porque mueve nuestra sensibilidad orientando la actividad del cuerpo en el mundo a través de las operaciones de conciencia.

El idealismo o intelectualismo no estaba tan errado cuando afirmaba que primero es la idea y después la materia. Pero no tenía un fundamento claro porque así como el objetivismo o sensualismo lo rebatía con la patencia de los sentidos, aquél no tenía un fundamento correlativo que le permitiera apalancar sus afirmaciones, sólo evidentes para el razonamiento metafísico.

Instalar lo imaginal en el lugar central que le corresponde, como base que soporta tanto lo perceptual –externo e interno- como lo intelectual, los pensamientos – nociones y abstracciones-, o sea como elemento que sirve o genera toda la fenoménica de conciencia, sella todas las aporías clásicas.

Porque la circunstancia elemental que fundó las divergencias históricas del pensar fue que *lo imaginario es transparente*. Por su espontaneidad, lo imaginario, la representación que acompaña a la percepción, se confunde con ésta sobre todo en una dinámica de acción. En lo cotidiano, lo habitual es pensar rápidamente antes de actuar y ese pensar es casi transparente porque se absorbe en la acción.

Sólo enfocado como previsión o cálculo y con una base imaginaria similar a la perceptual, lo imaginario se hace opaco, el pensar adquiere cierta concreción, pero aún así, históricamente fue descartado como aleatorio, variable, voluble, caprichoso, confundido con la fantasía.

Lo imaginario fue desecho del pensar hasta la irrupción de dos discípulos de Brentano: Freud y Husserl. En éste quedó también como materia que había que poner aparte y pasar por alto para llegar a las esencias, pero a partir de Freud se desarrolló el estudio de lo imaginario como tal. Aquí es necesario destacar a Jean Chateau, quien hizo la “biografía” evolutiva hasta culminar en lo imaginario y poco después, Cornelius Castoriadis quien, uniendo la teoría aristotélica del “fantasma” y su experiencia como psicoanalista, amplió la noción de materia hasta incluir a la imaginación, instalándola como sujeto de la Historia, con su concepción de la imaginación radical (lo imaginal colectivo) y la secundaria (lo imaginario propiamente dicho).

A partir de estos pensadores lo imaginario se vuelve opaco y central en la dinámica psíquica, sin llegar a precisarse su proyección en todos los ámbitos de la teoría.

En lo que interesa aquí, *lo imaginario es la actividad constante de conciencia*.

El escotoma

En oftalmología hay un concepto muy útil que se puede aplicar en Psicología: un escotoma es una zona muerta del campo visual, algo que no se ve aunque esté el estímulo presente.

Lo primero cuando se considera una teoría o una concepción, es que se trata de una *visión*. Cuando se lee en detalle a los autores, se advierte que hay momentos en su construcción cuando se producen ciertos deslizamientos o extensiones no debidamente fundadas en sus elementos constructivos. Se trata de descuidos en la aplicación de los conceptos que responden a la necesidad de cubrir la descripción de un objeto sin tener todos los detalles estructurados. Entonces se apela al uso de conceptos como alegorías, o directamente de metáforas porque se carece de los conceptos adecuados.

Clásicamente, Dios, el Ser, la Materia, la Conciencia, etc, son conceptos que se usan en un sentido vago e impreciso para cubrir vastas extensiones de significado que quedan sin definir. Así, se habla de estas entidades abstractas como todo-abarcadoras y proveyendo explicación y fundamento, sin precisar su articulación como fenómeno concreto –sensible- porque el autor está *viendo* a través de esa noción, sin parar mientes en la adecuación del significado que está utilizando.

El hecho de que se usen conceptos produce la escotomización de la mirada y, básicamente, se pierde la relación estructurada del fenómeno, desarraigándolo y a veces ocultando al mismo tiempo, su materialidad, su concreción. Y esto dificulta la operación, la acción eficiente.

Esto se hace muy claro en la actividad política donde todo se explica por las grandes “etiquetas” ideológicas: la Nación, la Patria, el Estado, la Clase, etc, todas nociones útiles en un nivel del pensamiento que se vuelven falsas cuando pretenden dar razón de fenómenos particulares.

Como el filtro intelectual, el marco o perspectiva está montado sobre una noción básica, se la proyecta sobre todo el campo del pensamiento sin atender a si es adecuada o no a la realidad. Se da cuenta de la realidad no desde la descripción sino desde el pensamiento, y el ángulo de desvío se multiplica cuanto más se aleja de su origen. Los fracasos ideológicos en todos los casos, desde el

socialismo revolucionario hasta el mismo capitalismo, son claros ejemplos de esto.

DIOS ME TOMA POR DETRÁS

Lo usual es que se busque a Dios, como a cualquier otro ente, por delante.

Porque la mecánica intencional me lanza hacia delante, impulsándome a dejar atrás lo vivido.

Pero Dios, que no es un ente sino el Ser mismo que alienta todos los entes, no aparece por delante. Y tampoco aparece sino que *me toma*.

Y como es lo opuesto de todo lo que es *para mí* (porque no es *un para-mí*) porque es “el” para-Sì y como tal, para todos, no es *fenómeno*, no es *lo que aparece* porque no aparece, no *ocurre* en el lugar de todo fenómeno o sea, en la dirección de mi mirada (que es la dirección de conciencia).

Cuando Dios ocurre, además, *me desplaza*, termina borrándome de mi experiencia porque me he *hundido* en lo Profundo.

Lo imaginal como punto de apoyo

Para poder *hundirse* no sirve el movimiento habitual de la conciencia. No se puede *buscar adelante* el camino a lo Profundo.

Es aquí donde entran en juego los mecanismos “de conciencia” que no son tales, porque obedecen y muestran una *naturaleza* distinta a lo que habitualmente llamamos conciencia. Aquí entra en juego lo propiamente *material* de la conciencia.

En este punto se cruzan las distintas dimensiones que he ido señalando: Ser y ente, representación y sensación, representado y representación, imaginario e imaginal. Ligándolas en la imagen conceptual del título: acto y objeto.

Lo habitual es tener representaciones del acto, imágenes que *intentan* (y aquí se juegan los dos sentidos: el de tratar-de y el de intencionar) representar aquello que soy y *siento*, pero en una nebulosa indefinida, imprecisa, de sensaciones internas.

Esas representaciones pertenecen a un *plano* distinto de éste, donde se juega y actúa el Ser que soy. Habito de un modo paradójal y misterioso el mundo, que no

es más que un mundo de representaciones en el que mi ser se hunde mediante la acción, dejando a sí mismo por detrás, en un trasfondo vago e indefinido.

Y este otro plano que a veces me resulta claro y preciso pero no en los términos con que describo la experiencia habitual, de sentidos externos, sino en una experiencia sin nombres todavía, de sensaciones *internas*. Sensaciones que, por otro lado, no se corresponden con lo habitualmente conocido como cenestesia corporal. Pero sí tienen estas sensaciones las referencias kinestésicas, claro que no como las habituales. Si bien tengo algunas referencias de posición, en su mayoría están imbricadas con lo representado.

De modo que ¿cómo hago para ubicarme en ese mundo interno, indefinido?

En principio, es lo imaginado lo único que tengo. Allí, ubicado en el sector delantero de mi mirada, me impulsa hacia fuera, hacia fuera de mí mismo, porque ésa es su *espontaneidad*.

Mi camino se abre *hacia atrás*, en dirección contraria a lo imaginado. Pero si me doy vuelta, me encuentro otra vez con un *por delante*, y ese emplazamiento me deja a merced de lo representado, de lo imaginado.

En copresencia, como por detrás de lo imaginado, del objeto, está el acto, lo imaginal que vagamente *siento*, abarcando todo el campo interno de conciencia.

Aguzando el sentido interno puedo discernir el movimiento del acto, de los actos que se refieren/constituyen el objeto.

Y en ese acto de percepción *indirecta*, de copresencia, puedo captar el ser de *lo Ser*, de lo que es/agita en mí.

Esa agitación puedo sentirla como lo que está *ahí*, por delante, y en dirección contraria podré discernir vagamente la dirección contraria, *hacia atrás*.

Si puedo enfocar el eje Z hacia delante podré sentirlo hacia atrás y dejarme absorber por la profundidad, como un hundirme en una masa líquida que me impulsa suavemente.

Cualquier representación, cualquier imagen, cualquier pensamiento que surja, me propelerá hacia delante, sacándome de lo profundo, porque espontáneamente, por su propia naturaleza, me llevará hacia fuera de mí, del punto de mira en que me he convertido.

El camino de la mente

A grandes rasgos me arriesgo a decir que éste es el camino de la mente. No de lo mental, término que podría confundir a quienes practican la Disciplina.

Adquirir la maestría en el discernimiento entre la sensación y la representación, el “lavado de las imágenes” que se recomienda en la Poética Menor, es la clave.

Hay que tener en cuenta que se trata de un movimiento dominado por lo paradójal (en términos clásicos, así como es arriba es abajo o, en los nuestros, así como es afuera es adentro). Es la “defensa del Reino” contra los intrusos, los que quieren “tomar el cielo por asalto”. Por eso nunca ha sido explicitado y nuestro Guía sólo nos ha brindado las herramientas para hacer la experiencia.

Y como se trata de una experiencia por hacer, creo prudente no progresar en esta descripción.

La paradoja de la ciencia

Ortega dijo que la ciencia es fantasía, en su Prólogo para alemanes”, Y así es.

El impulso hacia delante que la intencionalidad imprime a la conciencia lleva a tomar el camino de la representación, dejando al costado la sensación. Esta queda obnubilada por el impacto de lo externo. Las impresiones sensoriales corporales dominan el campo de experiencia, lo constituyen. Las figuras que genera lo imaginal, lo imaginado o representado, es la materia *aparente* que constituye nuestra vida. Constituyen el mundo.

Por tanto, el mecanismo básico de la conciencia frente al mundo, para servir al reconocimiento imprescindible para orientarse en él, es la *asociación*. Y las representaciones que se generan simultáneamente con las percepciones, siguen esa vía.

Esto hace que se crea que pensar es asociar. Y lo es, *mientras sea una asociación deliberada*, fruto de un marco conceptual y en base a reglas. De otro modo, la asociación es espontánea y como no es percepción, se la confunde con el pensar abstracto, que recién *comienza* cuando proponemos el marco dentro del cual se piensa.

Pero el peso del pensar recae, de una u otra manera, sobre el objeto. Porque todo pensar es pensar de un objeto y éste estar volcado *el Ser* hacia el objeto es lo que complica. Y no puede ser de otra manera porque habitualmente, *la conciencia no es si no es por el objeto*.

Se podría pensar que la vía de solución del dilema es tomar la vía abstractiva y tampoco, porque aunque se encaren aquí conceptos cada vez más vacíos de figura, siguen siendo asociaciones aún cuando encuadradas con estrictez. *Los conceptos siguen siendo objetos*. Siguen emplazados en la dirección opuesta a la interesa.

Pero el ejercicio de la abstracción, el manejo de conceptos, representaciones cada vez más vacías de figura, me dejan abierta la percepción interna, en libertad para captar *aquello que no es objeto*, al menos, en la espontaneidad de mi percepción externa o con relación a la materia externa de mis representaciones.

Las figuras estimulan mis sensaciones, confundiendo lo percibido del acto con lo percibido que el objeto estimula o provoca en el acto. Cuanto menos figuración, menos estimulación de memoria de lo vivido, menos agitación del recuerdo de las impresiones externas.

Y allí, aparece *lo interno*, lo propio del acto.

La memoria es el infierno

Este es un postulado clásico, en cuanto referido a los conflictos biográficos. En este caso, la memoria es el archivo viviente y el infierno es lo opuesto del “cielo”.

Esta paradoja clásica, que Dios está en los cielos, o sea “arriba”, nos distrae de lo real, que está detrás o abajo (que es el sentido de lo profundo).

Queda claro por lo dicho antes, que son metáforas del *por delante* y *por detrás*.

La temporalidad y el tiempo

De acuerdo a la divisoria planteada entre lo imaginado y lo imaginal, se puede postular que la temporalidad se corresponde con las *variaciones* de lo imaginado/percibido y el tiempo, con lo imaginal, con *el curso activo de la conciencia*.

Aquí la tentación de igualar conciencia y tiempo es casi irresistible si no se señala las diferencias de plano entre ambos.

Porque *el Tiempo es lo Ser*. La primera formulación doctrinaria del tema.

El fluir de la energía

También está lo energético, el aspecto o dimensión material, perceptual, de las variaciones del Tiempo.

Se sabe que el momento en Física, corresponde a una diferencia que plantea una fuerza, y que es una diferencia o alteración en el flujo constante del tiempo (manifestando la temporalidad), y que la vivencia es una diferencia en el fluir de la conciencia.

El momento es un concepto que une los tres planos de manifestación de lo Ser: lo material, lo temporal y lo mental.

Pero, en los tres aspectos, lo que se agita o fluye es el Tiempo, que no se percibe si no es a través de su energía y el fruto de sus variaciones, lo imaginario.

La integración de los tres subsistemas

Hasta aquí, creo que queda explayado el sentido del título: de qué modo “la estructura acto-objeto” sirve de sostén conceptual a las ideas de energía y tiempo. Lo que es lo mismo, cómo el subsistema representativo muestra la dinámica del individuo (que, a su vez, es un momento del flujo global).

Idea, energía y tiempo están imbricados interactuando cada uno con los otros.

El subsistema representativo

Volviendo a la idea que late en las charlas de Canarias I, el individuo es un sistema de ideación compuesto de tres subsistemas: representación o idea, emoción o estado de ánimo, y tensiones o acción como integración en el mundo.

La representación es el elemento que manifiesta el fenómeno, formaliza el objeto, orientando al cuerpo en su despliegue en el mundo. Es la conexión e integración del individuo en el plano material, sirviendo primariamente a su base biológica, el cuerpo.

El flujo representacional es constante, como constante es el flujo energético que estimula el cuerpo.

Como resultante de la acción del campo de memoria sobre el campo de percepción, la imagen (en tanto re-presentación del estímulo integrado con la propia experiencia) es un pulso biográfico impulsado en principio por el mecanismo de reconocimiento de la situación que se presenta.

La imagen no es una sustancia sin figuras que va a completarse con el material que aportan los sentidos, sino que ya es “el objeto”, que va a confrontarse con la “realidad”, la cosa externa, lo material que estimula. De su acuerdo o desacuerdo surgirá la continuidad del objeto con las modificaciones que adaptan la imagen al momento de la situación en curso, operadas por sucesivos cotejos de reconocimiento y asimilación de la nueva información. O su discontinuidad y de esos mismos cotejos se irá prefigurando primero, hasta lograr una configuración que resulte operativa, que pueda orientar al cuerpo. O quedar en la copresencia hasta completarse, o no.

Aquí propongo tomar el término hegeliano “figura” que ya señala que la imagen no es imagen vacía sino que aparece con un contenido predeterminado por la memoria, la experiencia previa de vida.

De lo contrario, el término “imagen” padece la misma multivocidad que “conciencia”, teniendo que esperar a que se explaye el contexto en que se usa para poder comprender su sentido.

Así, la conciencia, en tanto actividad imaginante, generadora de imágenes tanto perceptuales como representativas (y aquí la multivocidad del término representación me hace resbalar), es figurativa. Son figuras del mundo las que genera conciencia, no imágenes vacías., Es en el curso de procesamiento por la vía abstractiva que esas imágenes figuradas se des-figuran, desdibujan la forma perceptual para ir convirtiéndose en conceptos.

Como dije arriba, la actividad conceptual, teórica, puede parece desarraigada de mi realidad en tanto mi percepción de mí esté desconectada, de mí. Si sigo el camino asociativo que proponen los conceptos, seguiré por el desvío respecto de la experiencia, la divergencia de la vida vivida que provoca la focalización empírica, vivencial, en lo pensado. Si, en cambio, estoy atento a la experiencia abstractiva y aplico a ella la conceptualización, podré ir develando significados, aumentando mi capacidad de percepción interna y, con ella, mi experiencia.

En este sentido, la indagación de la estructura de significación, la develación de la relación entre concepto (significante) y objeto (significado) sirve al descubrimiento de la vivencia que permanece oculta tras la fascinación del objeto representado, velando muchas veces su significado, el objeto real.

La estructura de significación liga al significante (el acto) con el objeto significado. Aún cuando el objeto esté ahí, el hecho de que mi psiquismo sea una caja cerrada, lo deja siempre afuera, des-conocido, aún cuando su representación en

mí diga lo contrario. Será mediante la interacción real, concreta, del cuerpo con el objeto, con la situación vivida, que terminará de integrarse la realidad. Esto último es un claro desvío teórico porque el flujo constante de la realidad vivida no permite cerrar la integración. En todo caso, habrá momentos de cierre que permitirán a la intencionalidad continuar con su impulso constante hacia el futuro. Volviendo al tronco, es la figura la que evoca las sensaciones que mueven el cuerpo, no la pura imagen. Son los contenidos representados los que estimulan la acción, mediante las cargas de tensiones que articulan sus movimientos y constituyen el anclaje energético de la vida formalizada por el subsistema de representación.

La representación, la figura vivida (y con esto quiero decir percibida, en tanto elaborada por mi experiencia) es constantemente proyectada hacia adelante por conciencia al mismo tiempo que su información, sus figuras momentáneas son archivadas por memoria.

Y yo quedo en medio de esas direcciones de conciencia, la temporal que actúa atándome al pasado o lanzándome al futuro sin una clara diferencia entre esas direcciones. Pero además juega la dirección mecánica, constante, propia de la intencionalidad, la que me pone en cada momento en situación de estar doblemente lanzado hacia adelante, hacia fuera de mí. Porque en esa vivencia, yo no soy más que un trasfondo de las impresiones que el objeto-situación provoca en conciencia.

Aquí, la estructura de significación que marca esa dirección constante hacia el objeto, me sirve de referencia para la dirección que interesa, que está en dirección diametralmente opuesta al objeto. Será lo figurado, el contenido de conciencia que figura el objeto, lo que me sirva de referencia para retroceder por el eje Z hacia lo profundo, para ir desde el objeto significado hacia el significado previo que anida en el significante, en el acto, y allí encontrar la actividad en la que la realidad encuentra su fuente constante.

El subsistema energético y la acción

La acción resulta de la conexión del cuerpo con las representaciones, de modo que aquí se desarrolla la teoría de la imagen y su dinámica, largamente explicada. De este modo, queda expuesto el misterioso ensamble de las ideas y las conductas, de la construcción de realidad, que cobra "cuerpo" en la medida que el

cuerpo se ve estimulado. Así, el cuerpo del mundo es el complejo de sensaciones corporales que va construyendo la polea de transmisión del comportamiento.

Pero hay aquí un elemento oculto y poco desarrollado, la emoción huidiza, como trasfondo que delata el estado de ánimo y resulta la clave del empuje o retracción frente al mundo. No se trata aquí de abordar los climas como emociones fijadas que traban la circulación de mi energía sino al revés, atisbar su dinámica como motor de mi vida.

Volviendo a la figura de la cinta sin-fin, si hay climas fijados por la respuesta trabada en algunas situaciones biográficas, es porque el cuerpo se vió desbordado por la intensidad de las impresiones y la ausencia de figuras en su memoria, que le permitieran procesar lo vivido. De ahí que las representaciones que acompañan los climas (o no) sean rumiadas permanentemente a través del pensamiento secundario movido por estructuras argumentales que buscan desatascar ese momento fijado. O, de otro modo, por ausencia de recuerdos, se busca darles figuras que puedan conectar con esas tensiones y hacerlas fluir.

Hasta aquí, lo conocido es la relación dinámica entre los climas, las tensiones y las imágenes que les corresponden.

Ahora, si hay climas es porque hay energía. El universo todo es un sistema de circuitos, subsistemas de energía que fluyen en distintos niveles y formas, de acuerdo a los desarrollos que ha conseguido la Física. Baste decir que estamos siendo permeados constantemente por flujos de partículas imperceptibles cuya constancia de forma (la que permite a la conciencia configurar) constituye el mundo conocido, a través de la consistencia que adquieren los cuerpos, o sea, la materia, por esa permanencia de las formas. Parafraseando a Husserl se podría decir que forma y materia son no-independientes, no puede existir una sin la otra, y aquí el concepto de materia se extiende a lo imaginal.

Esos flujos tienen forma en la propia experiencia, son las sensaciones internas que permanecen desdibujadas por la ausencia de formas vividas, de figuras conocidas que permitan su reconocimiento. Es el terreno que hoy se ofrece a la conquista por lo humano. Son los significados ocultos en nuestra experiencia.

El anclaje de esos flujos se da a través de la emoción, que sintetiza el momento energético-vivencial que es la aleación de mi experiencia con la situación que se presenta (y representa). Es la respuesta más rápida de reconocimiento por mi experiencia, mi memoria: la atracción o el rechazo. Es la intuición que constela el flujo representativo que va a ofrecerme la explicación o interpretación de eso que

pasa. El acierto o error de los pensamientos que desarrolle dependerá de su fidelidad o correspondencia con ese sentimiento inicial, que funda mi futuro, la dirección que habrá de tomar la intencionalidad.

La emoción tiene un movimiento mínimo de pulsación que se manifiesta como depresión o euforia en sus manifestaciones extremas, o como retracción e irradiación como situaciones de trasfondo constante. Estos pulsos son los que determinan la disponibilidad energética frente al mundo y están determinados por la reserva de futuro, por la existencia en copresencia de imágenes de situación proyectadas a futuro: mientras haya figuras que provoquen mi actividad en el largo plazo, tengo futuro. De modo que son mis creencias de trasfondo las que determinan mi perspectiva vital.

La develación de estas creencias de trasfondo son las que me permiten saber en qué punto estoy de mi proceso; cuáles son las direcciones implicadas, porque no siempre hay una sola dirección que oriente la mecánica intencional en situación; cuánto futuro me queda por vivir.

Quizás más importante, estas creencias de trasfondo son las que me sostienen, como punto de referencia constante en mis vivencias, como punto de apoyo para lanzar mis proyectos.

En este trasfondo anida el misterio que caracteriza toda mística y, en los términos de este escrito, la dinámica del Tiempo.

Temporalidad y tiempo

Este movimiento pulsar que tiene mi vida puedo asociarlo con el de las estrellas. Todo en el universo tiene ese movimiento básico, esa mecánica de expansión y contracción. En mi nivel de manifestación, el humano, el nacimiento, crecimiento y muerte se corresponde con esa pulsación. De modo que la creencia en mi desaparición o continuidad será determinante de mi experiencia.

Creo en mi finitud a partir de la de las cosas que me rodean, sobre todo a partir de la finitud de los cuerpos ajenos. Como el espejo me revela parecido a esos cuerpos que veo morir, la imagen de su desaparición impide la expansión natural de mi pulso vital, impide la irradiación, el proyectar mi sentimiento-energía hacia el mundo. La respiración se me corta, retengo el aliento, retengo la energía que quiero proyectar, me retraigo.

Esa contracción básica se compensa inmediatamente con la estimulación sensorial externa, que saca a mi cuerpo de la parálisis apuntalando su funcionamiento. Pero ese momento queda en el trasfondo, marcando el límite de mi curso vital en algún punto impreciso de mi representación del mundo.

De modo que la temporalidad es de las cosas y la asumo en mí como propia, por un efecto de atribución a mí mismo, una suerte de retroyección sobre mi figura de mí que se introyecta como vivencia de mortalidad.

Pero ese momento de retracción se supera porque el tiempo sigue fluyendo a través de la energía que constantemente impacta mi sensibilidad, proveniente del mundo, del universo, provocando las alteraciones necesarias para seguir adelante, para recuperar el futuro.

En ese tránsito vital no me siento igual de manera constante sino que hay variaciones de mi sensibilidad, de las figuras que de mí aparecen soportadas por la imagen de mí. Son variaciones internas, estados de ánimo que se van y vuelven. Si estudio mi biografía, y a veces por un reconocimiento espontáneo, reconozco que se producen repeticiones, que hay accidentes que “vuelven” disfrazados de momento nuevo. También advierto los cambios que se van produciendo con el curso vital. Todas esas variaciones me dan cuenta de la existencia de ciclos y ritmos a los que está sujeta mi experiencia.

El tiempo no es un flujo libre que anima el universo y mi vida, sino que está sujeto a ciclos y ritmos. No obstante, no todo es repetición. La repetición confirma la figura básica de mi experiencia, el yo que soy, la referencia de lo vivido que aparece como constante.

Esa figura es como la tela de araña que pervive en las transformaciones mecánicas que sufre mi cuerpo y las psicológicas propias de mi experiencia. Es el sostén y a su vez, es sostenido por mis creencias básicas, las que ocultan y determinan la constancia del ser que soy con las variaciones de mi temporalidad.

El cambio es asimilado como parte de mi naturaleza mientras la constancia de esa naturaleza, del tiempo, permanece oculta.

Los ciclos y ritmos de mi temporalidad pueden ser formalizados a través de la observación y el estudio de mi experiencia. Pero quedan los ciclos y ritmos mayores a los que estoy sometido, que forman parte del ser que me incluye a mí, mis semejantes y a toda forma de vida conocida. Aún así, las formalizaciones que pueda hacer son sólo eso: objeto, lo que está ahí y no soy, aún cuando de modo oculto sean en y por mí.

Es esa idea de tiempo que se manifiesta como eso, idea, y como la energía que siento animar mi flujo vital, la que permanece como sustancia oculta en mí y en el universo, asumiendo la forma lumínica cuando desaparece la oscuridad espontánea, la que anida más acá de los reflejos que llamo realidad.

La red de sombras en que vivo envuelto, constituída por esos reflejos, depende de mi intención, pero no de cualquiera, sino de aquélla que pueda asumir la potencia de expresión de un momento nuevo, liberado de lo conocido.

La unidad o diversidad de los momentos en la corriente del tiempo

Lo usual es creer que la diversidad tiene que ver o radica en lo material, en la individualidad concreta (en tanto no discreta, discontinua) de las figuras que surgen en conciencia y ponemos en el mundo, y aquí no interesa si es el externo o el interno si consideramos que lo imaginal es único como actividad de conciencia, respecto de las figuras que representa.

Aquí se puede ensayar una diferenciación conceptual para discriminar los planos de manifestación: cosas son las que podemos manipular, manejar con las manos, percibir con sentidos externos; objetos, los que podemos pensar, a partir de su representación por conciencia, simultánea a la percepción; y figuras son las “esencias” o conjunto de formas que permiten determinar la identidad de cosas y objetos, de representaciones percibidas o imaginadas.

La confusión habitual radica en que la figura que porta el nombre, la palabra que designa un objeto, está impresa en una sustancia activa, lo imaginario conceptual, y es transparente porque lo opaco es lo figurado, lo imaginado que puedo reconocer en mi percepción.

Por esa opacidad, para mí existen los objetos cuyas figuras recortan en esa sustancia móvil, en mi percepción, y que dependiendo del emplazamiento de la parte cenestésica de esas imágenes en el cuerpo, activan mi respuesta, mueven mi cuerpo.

Así es que lo concreto que es mi cuerpo, apto para operar con los concretos que lo rodean, se maneja en un mundo de opacidades donde lo transparente soy yo por la transparencia propia de la conciencia.

Como las cosas no son en sí sino por la situación en que se encuentran, sus figuras dependen de lo vivido, están entramadas en las diferencias que presenta cada situación, su momento o relación de fuerzas que la constituyen.

De modo que las diferencias que constantemente se constituyen como identitarias de la situación vivida son los momentos que vivo.

El mundo es diverso porque diversas son las figuras que genera conciencia constantemente y los momentos se diferencian según los atributos que tome en cuenta, lo que determinara la duración de las vivencias. En el análisis, éstas desaparecen finalmente cuando ante la mirada queda sólo una corriente que fluye, uniforme y constante en su unidad, diversa y discontinua en las figuras que genera.

Imposibilidad de la objetivación del tiempo

La mirada clásica, moldeada por la percepción externa, pretende hacer del tiempo un objeto, algo que “está ahí”, dado, como afuera de mi cuerpo. Y esto porque la temporalidad se aprecia en las variaciones o alteraciones de las cosas, las modificaciones identitarias que muestra lo concreto que me rodea.

“Se aprecia” quiere decir que reconozco lo temporal en la variaciones o alteraciones externas. Pero esas alteraciones externas, tan sólo si introduzco el principio del observador y sus consecuencias según la cuántica (básicamente la organización del paisaje), no son más que el reflejo o proyección de las alteraciones de quien mira.

Y si hay alteraciones es porque algo se altera y para que “sean” alteraciones tiene que haber algo constante que las discierne como tales. Desde la antigüedad lo han llamado “el Ser”, sólo que confundidos por la percepción externa lo atribuyeron a todos los objetos y, claro, al atribuirlo a sí mismos tuvieron que objetivarse. En ese movimiento de objetivación que es, básicamente, de proyección de una figura de mí que intenta reflejar-me, me identifico externalizándome, alejándome de la fuente de vida que *alienta* en mí, y poniéndome afuera, me *alieno*, me convierto en otra cosa, en otro ser que aquello que soy.

De modo que para precisar conceptualmente eso que soy más vale evitar el término “ser” y hablar, en todo caso, de flujo, fluir, corriente de vida que conecta más allá de mí, con la Vida que, a partir de esa vivencia del flujo, puedo reconocer como alentando en todo lo existente, lo concreto y lo discreto, lo material y lo viviente.

Las direcciones de conciencia: Dios me toma desde atrás

Aquí se pueden reconocer las dos direcciones de la conciencia, una hacia fuera, multiplicativa y diversificante, y la otra hacia adentro pero no con la mirada vuelta a “lo profundo”. Esa torsión de la mirada, ese aparente cambio de dirección no es un auténtico y vivencial cambio de dirección sino, simplemente, poner en la mirada habitual una nueva “diapositiva”, tratar de imaginar una representación de lo profundo que me guíe hacia él. Pero toda representación me guía hacia fuera de mí, me proyecta fuera de la corriente que es más atrás, más profundo de mí. Y dije que es y no está, porque “estar” describe un emplazamiento y todo emplazamiento es objetal, sede de una figura clara o difusa.

Lograr la vivencia de ese emplazamiento objetal como algo vacío pero tangible para el sentido interno, será el punto de apoyo para poder moverme en esa dirección de profundización.

Es un movimiento contrario al mecánico que caracteriza a la conciencia. La intencionalidad me lanza hacia delante constantemente. El flujo constante “me pone” en el mundo con las figuras que se representan, porque en cada figura está ese algo de mí que hace a la inserción del cuerpo en el mundo, pero que también hace mi inserción de mí en el paisaje, al prefigurar la acción con el deseo o intención.

De modo que *en cada figura estoy yo*, y se juega la dirección de conciencia que compromete mi intención de profundizar. Con cada figura me centrifugo, me alejo de mí mismo. Si quiero suspender-me tendré que buscar un punto de apoyo y hasta aquí, el punto de apoyo soy yo mismo, en tanto punto de vista, como observador y, poco a poco, como punto de mira.

Como cada figura opera como punto de apoyo para lanzarme al mundo, no es lo figurado sino la vivencia, el sentir la figura como sede o sostén de lo figurado, lo que me puede servir de punto de apoyo.

Si el movimiento que me lanza hacia delante es de aprehensión del objeto figurado, tendré que soltarlo para descubrir la figura como sede, la representación como sustancia activa, más acá de lo representado. Si logro soltar el objeto sin borrarlo, aparecerá la sustancia que lo anima e iré forjando la vivencia de la dirección hacia atrás, con un movimiento contrario al mecánico.

El impulso que da el soltar la figura no viene de la figura sino del medio que la rodea, de esa sustancia que irá tornándose consistente al tiempo que me despojo de las últimas sensaciones de mí, prendidas de las figuras que suelto, mientras se

abre otra dimensión, *a mi sensación interna*, a una nueva dimensión de mi mirada, que se va reduciendo a un mero punto de mira.

Sólo internalizando ese punto de mira que siento y se sigue orientando hacia delante, dejándolo hundirse hacia atrás, hacia lo profundo, las diferencias del paisaje, las del externo y las del interno que irán apareciendo, se irán borrando, hasta que sea tomado por eso que fluye.

Buenos Aires, principios de enero-marzo 1 de 2022